

TEMA III

LA DIALECTOLOGIA

La lingüística desde los eruditos de Alejandría (siglo III a. de C.) hasta el siglo pasado ha venido siendo una preocupación de carácter filológico (como guía para la correcta interpretación de los textos) o una preocupación de índole dogmático (gramáticas basadas en un criterio de autoridad). Pero con el gran lingüista italiano Graziadio Isaia Ascoli surge un nuevo interés: el del conocimiento de las hablas populares. Esto es: conocer la lengua del pueblo en sus diversidades geográficas prescindiendo del espejismo de la corrección y haciendo abstracción de los hechos retóricos. De una parte, se llegaba así al conocimiento del habla de cada día y de las hablas que no tuvieron cultivo literario, y, de otra, a la concepción del lenguaje como actividad humana y, por tanto, sometido en todo momento a una modelación activa por parte de cada hablante. Vico, Herder y Humboldt se anticiparon a las modernas concepciones del lenguaje como hecho social (Saussure) y como medio de expresión (Croce, Vossler), pero hizo falta mucho tiempo todavía para que se admitiera la identidad de la lengua hablada y de la escrita. En 1930, Karl Vossler podría decir ya: «Los filólogos literarios se apoderarán de los documentos escritos y los lingüistas andarán nómadas en busca de los dialectos que se hablan por las diversas partes del mundo. Pero hemos de ver que se trata de una diferencia material, no sustancial. Filosóficamente es lo mismo; que la manifestación verbal atraviese volando el aire, fugaz y momentánea, o que esté clavada sobre el más incorruptible peñasco de basalto o de granito.» Pero Vossler podía decir esto después de medio siglo en que la dialectología había venido suministrando materiales a la lingüística o a la crítica textual y se había organizado en una ciencia independiente.

El reconocimiento de la dignidad de los dialectos y de su estudio se debe en parte al nacimiento de la lingüística como ciencia histórica. Viose que en el des-
carácter científico por falta o desprecio de materiales; era cierto, por tanto, el pen-
samiento de un poeta, Nodier, cuando proponía el conocimiento de los dialectos

para mejor saber la propia lengua; mucho más cierto si pensamos en la necesidad científica de disponer de grandes masas de elementos sobre los que poder montar teorías o con los que rehacer los eslabones que el tiempo ha roto en la cadena de la historia. Justamente entonces, cuando los dialectos alcanzaron paridad con las llamadas lenguas de cultura, hubo una clara inversión de términos, la dialectología se antepuso a cualquier otra manifestación lingüística y se afirmó la preeminencia del lenguaje hablando sobre toda suerte de escrituras. En el principio era la palabra, y a ella volvió —andado el siglo XIX— la investigación. Pero esta vuelta al dialecto no se planteó —sólo— con un criterio escuetamente científico; alguna vez escritores pertrechados de grandes conocimientos idiomáticos trataron de resucitar el valor etimológico, es decir, verdadero (gr. *étimos* «verdad»), de las palabras y con él se acercaron a las hablas del pueblo, a los dialectos, donde trataban de encontrar una clase de casticismo mucho más puro y más noble que el defendido por las Academias. Debo recordar, por fuerza, a Unamuno cuya aproximación a la dialectología es suficientemente conocida y de quien podría espigarse más de un texto ejemplar. Me interesa recoger uno de ellos: «el verdadero dialecto, o sea la lengua de diálogo, de encuentro —y de contradicción—, es individual, cada uno de nosotros, cuando no es un cacho de mansedumbre, tiene su habla propia, que está creando y recreando de continuo. Porque lo otro, el lenguaje de esos que hablan ortográficamente y que huyen de ciertas palabras corrientes como huyen de cortar el pescado con cuchillo de acero, eso ni lenguaje es. Aunque suene por bocina... No, lo que no es dialecto individual, de diálogo, ni es lenguaje siquiera». Claro que esta interpretación unamunesca de lo que él llama dialecto conduce a la estilística, «uso personal del lenguaje», según Vossler, y no se olvide todo lo croceano que era don Miguel en este sentido; por otra parte, de su preocupación por lo que la lingüística entiende como dialecto leonés dan buena cuenta su correspondencia con Menéndez Pidal y su preocupación por el lenguaje salmantino. Si hablo de la estilística partiendo de una frase literaria es porque ella, la estilística, ha reconocido deber algo a la dialectología, por boca de sus más ilustres representantes: Bally y Vossler. Pero esto nos lleva de la mano a considerar en qué medida se han beneficiado de la dialectología las otras ramas de la lingüística.

En primer lugar, no debe olvidarse un hecho básico: lo que llamamos lenguas literarias o lenguas de cultura —ninguna de las dos designaciones es de gran exactitud— no son en su origen otra cosa que modestos dialectos. Así el toscano, así el franciano, así el castellano. Para el hispano-hablante no lingüista, es un poco difícil comprender que esta lengua cuya voz no se atenúa «por mucho que ambos mundos llene», esta lengua que «flota como el arca de cien pueblos contrarios y distantes» y que «abarca legión de razas», fue en su origen un dialecto de gentes ariscas que estaban constreñidas en una pequeña comarca, según los archisabidos versos del Poema de Fernán González:

*Entonçe era Castiella vn pequenno rryncon,
era de castellanos Montes d'Oca mojon,
e de la otra parte Fitero al fondon,
moros tenian Caraço en aquella saçon.*

Desde esta región que iba del Pisuerga al Este de Burgos y por el Sur apenas rebasaba Salas, comenzó hace unos mil años la expansión de Castilla. Ni entonces ni en los siglos posteriores, el castellano era superior al aragonés o al leonés, los otros grandes dialectos. Toda una antigua literatura es de signo dialectal y los dialectalismos llegan hasta el poema que Castilla dedica al mayor de sus héroes, al

Cid. Después las cosas cambiaron —o siguieron el curso más inesperado— y Aragón y León fueron cediendo ante el dialecto central: sin que hoy hayan terminado su repliegue.

Si vemos cómo en una época antigua la lengua escrita empezó por ser un dialecto (el andaluz es un dialecto del castellano en la misma medida que éste lo es del latín), si vemos cómo los dialectos impregnaban de su evolución a un grupo importante de creaciones literarias y si tenemos en cuenta la honda separación que hay ahora entre el bable y el pirenaico, de una parte, y la lengua española, de otra, tendremos que inferir la imposibilidad de trazar una historia de la lengua sin el conocimiento de los dialectos. Bien entendido que por distinta que haya sido la suerte del castellano y la del leonés, el estudio de las hablas vivas no dialectales —si puede existir habla viva que no sea dialectal— deberá hacerse también aproximándonos al pueblo, pues hay infinidad de voces que nunca se escribieron y que escondidas en oscuros rincones aclaran grandes zonas de la historia lingüística o proyectan nueva luz sobre la vida del lenguaje, mucho más movable y activa de lo que permite ver el criterio normativo de los gramáticos.

La diferencia entre lengua literaria y dialecto es, pues, un concepto histórico o, por mejor decir, derivado de la historia. Por razones distintas (políticas, sociales, geográficas, culturales) de varios dialectos surgidos al fragmentarse una lengua hay uno que se impone y que acaba por agostar el florecimiento de los otros. Mientras el primero se cultiva literariamente y es vehículo de obras de alto valor estético, hay otros que no llegan nunca a escribirse y si lo son, quedan postergados en la modestia de su localismo. Mientras el primero sufre el cuidado y la vigilancia de una nación, los otros crecen agrestemente. Más de una vez se ha señalado la diferencia —y relación— de lengua y dialectos. De Roussetot son las palabras que siguen: «Les patois ne sont plus pour la science ce qu'on les a cru trop longtemps, des jargons informes et grossiers, fruit de l'ignorance du caprice, «des tares du français», dignes tout au plus d'un intérêt de curiosité... Ils ne sont donc pas seulement indispensables pour l'étude particulière du groupe de langues auquel ils appartiennent, ils fournissent encore les données les plus sûres à la philologie générale; et, si je disais toute ma pensée, je réclamerais pour eux, en regard des langues cultivées, la préférence que le botaniste accorde aux plantes du champ sur les fleurs de nos jardins.» Casi cincuenta años más tarde estas palabras eran recogidas por otro dialectólogo francés. Millardet, en un libro de metodología dialectal.

Teniendo en cuenta que las llamadas lenguas literarias y los dialectos son idénticos en su origen, se comprenderá fácilmente que desde un punto de vista histórico y en pura doctrina filosófica es tan lícito el estudio de unas como el de otros. Ahora bien, y según decía antes, la lingüística se aplicó como auxiliar en la interpretación de textos y codificó en las gramáticas el uso correcto de la lengua, según unos criterios de autoridad; pues bien, ambas manifestaciones son subsidiarias, puesto que no hacen otra cosa que colaborar con otras ramas científicas o someterse a la norma de los autores literarios. Sin embargo, la dialectología vino a crear —o al menos a consolidar— una lingüística autónoma, tanto por los medios seguidos para la recolección y elaboración de materiales (metodología) como por la multiplicidad y variedad de los fines perseguidos (teleología).

He de insistir todavía: ramas de la lingüística poco desarrolladas y otras inexistentes adquirieron con el estudio de los dialectos un florecimiento exuberante. Tal ocurrió con la fonética experimental —otro término dudoso— que, en opinión

de algunos autores, pudo constituirse gracias a la «cantidad considerable de materiales vivos» que se le ofrecían en los dialectos. Tal ocurrió con la geografía lingüística, con la estratigrafía o geología lingüística, y, marginalmente, con la etnografía, con la toponimia, etc. Ante este cúmulo de hechos ya no se podrá dudar del interés de nuestros estudios y de su trascendencia científica. La lingüística ha pasado, gracias a la dialectología, desde la paleontología a la biología y los dialectos son considerados hoy como el depósito más rico en el que las costumbres, las tradiciones y las creencias de un pueblo se archivan cuidadosamente.

Ante todo esto se comprende la veracidad de unas palabras de Gaston Paris convertidas —para muy diversos lingüistas— en lema de toda investigación posterior: «Il faudrait que chaque commune d'une part, chaque mot de l'autre, eut la monographie purement descriptive, faite de première main et tracée avec toute la rigueur d'observation qu'exigent les sciences naturelles.» Pero desde 1888, en que *Les Parlers de France* publican estas palabras, hasta hoy ha pasado casi un siglo y, entre nosotros al menos, el descuido ha sido manifiesto. Poco importaban confesiones de parte, tan valiosas como la de Bally, transcritas anteriormente, o el florecimiento de estas cosas entre los extraños, por eso es necesario repetir incansablemente que debemos tratar de hacer el inventario de nuestros dialectos antes que la igualación de la vida moderna los haya hecho desaparecer y hayamos llegado demasiado tarde.